

090. La generosidad

Existe una palabra que, cuando la pronunciamos, nos esponja el pecho y hace latir con rapidez el corazón: es la palabra *generosidad*.

Porque la generosidad es la virtud de las almas grandes, que lo dan todo sin reservarse nada, y lo hacen con una alegría contagiosa, con naturalidad desconcertante, ya que realizan los mayores heroísmos con la misma facilidad que las cosas más triviales de la vida.

La generosidad la usamos nosotros lo mismo con Dios que con los hombres. Y miramos a Dios aunque Dios no necesite nada de nosotros. ¡Le debe complacer tanto a Dios el alma generosa!...

La persona generosa lo da todo, se da del todo, no se reserva nada. Mientras vea una necesidad que socorrer o adivine donde hacer un favor, allí está ella para dar y darse sin mirar recompensa alguna.

Si observamos a la persona generosa, vemos que ha sujetado su vida a unas reglas que para ella son inviolables. Siguiéndolas, hace de su corazón una obra verdaderamente maestra. Tiene un alma regia. Vale para rey o para reina, y ocuparía con orgullo el trono más importante de la tierra.

Así lo entendía aquella princesa, que educaba a su hijo, niño aún, para ocupar un trono real. Le pregunta el pequeño:

- *Mamá, ¿y qué es un príncipe?*

- *¿Qué es un príncipe, hijo mío? Los príncipes son unos hombres destinados a ayudar a los demás* (María Gabriela de Baviera su hijo Luitprando)

Magnífica respuesta, porque la generosidad es una virtud que a los reyes los hace espléndidos, y que a los pequeños nos da el espíritu de los hombres más grandes.

Si somos generosos, trabajamos y nos damos por amor sin mirar la recompensa.

El que trabaja por deber o por ganarse dignamente la vida, se sujeta a una norma:

- *¿Trabajo? Pues, que se me pague.*

Esto es justicia.

Pero el que ama, se dice:

- *Trabajo, ¿y qué se me debe? Nada. Porque el amor yo no lo vendo. El amor, solamente lo doy.*

Como la madre, que se mata trabajando, y ni sueña en la paga del hijo. Se contenta con un beso.

¿Y si nuestro trabajo es por Dios? Dios sí que no nos debe nada, aunque tiene la divina ocurrencia de pagar con jornal de gloria eterna cualquier tontería que hacemos por Él.

Cosas de Dios, que se ha impuesto a Sí mismo unas reglas muy especiales...

Si amamos, no sabemos usar la calculadora para contar lo que nos cuesta el dar o el darnos, sino que la utilizamos sólo para contar lo que el otro necesita.

Si la miramos para contar lo nuestro, a lo mejor nos aterramos ante lo que suben los números de nuestra fatiga, y entonces nos desanimaremos. Si la usamos sólo para mirar lo que necesita el otro, veremos que, cuanto más suba la cuenta, mayor es la sonrisa que le arrancamos, por la felicidad que le damos, nunca antes soñada por él y que ahora le inunda el corazón.

La generosidad lleva a sufrir sin decir palabra, a fin de no hacer padecer a otro con nuestro dolor, porque, si nos ama, sufrirá él también.

Esta regla está cargada de psicología y sentido común. Pues nos ponemos a pensar:

- ¿Me ama o no me ama el que me está escuchando? Si me ama, va a sufrir.

- Y si no me ama, ¿qué le importa entonces lo que yo le digo?

Aunque esto no excluye, sino todo lo contrario, la confianza y el desahogo, que nos trae alivio, nos da fuerzas y estrecha los lazos de la amistad más bella.

La persona generosa lucha sin mirar las heridas que recibe. Se las deja a Dios para que las cuente Él..., convencida de que para Dios no existen los héroes anónimos, porque Dios los conoce bien a todos.

Finalmente, la generosidad empuja a servir a los demás como ellos se merecen, aunque esto exija ponerse siempre en el último puesto.

Con semejante norma, se le obliga a Dios a cambiar los papeles, ya que Él está empeñado en cumplir su palabra:

- *Quien quiera ser el primero, que se ponga el último y se haga el servidor de todos, porque el mayor entre vosotros será quien se haga el más pequeño* (Marcos 9,35. Lucas 9,48)

Nuestra generosidad tiene otra vertiente, además del hombre. Es el mismo Dios. Si Dios ha sido tan espléndido con nosotros, pues todo lo que tenemos nos ha venido de Dios sin que nos cobre interés alguno, ¿por qué nosotros hacemos cuentas con Dios? ¿Por qué le regateamos hasta una Misa en el domingo?... Si nos ufanamos de tener corazón grande con nuestros semejantes, ¿a qué vienen los cálculos y las medidas cuando se trata de Dios?...

La generosidad es virtud de personas selectas.

El corazón generoso es un corazón grande.

El corazón que no calcula es el corazón que más gana.

El corazón que más da es el corazón que más tiene.

Al generoso, por darse sin medida como se dio Cristo (Juan 12,32), le pasa también como a Cristo, que con su entrega total se atrajo y sigue arrastrando todos los corazones hacia Sí.